

Estimada Rithée, Lluís y seminaristas,

Al final he conseguido rescatar un viejo portátil con Sistema XP. He podido recargar el programa de búsquedas (infobase) y no aparece nada en Lacan sobre ese término, aparte del escrito ya mencionado, como “arrebato”. Quizás lo han traducido (la base es en castellano) con otro término. Así que igual he mezclado lo que dice M. Vappereau y Lacan. Es una buena condensación teórica.

En cualquier caso, recojo su idea de usar ravisement y digo cómo. En el esquema de Vappereau, el fantasma tiene tres posiciones que indican su posibilidad de abrirse y cerrarse y sobre todo atravesarse. Por contra, el toro es fijo. Con este esquema, Vappereau nos da un principio de operación a tres, operación que no existe en la matemática. Algo se mueve en la estructura (fantasma, en este caso) que se aplica, o a la inversa, sobre la historia.

En la matemática sólo existen operaciones dobles duales y no hay historia. Una de las más potentes, la categoría, se basa en operaciones duales entre las funciones y operaciones duales entre los objetos pero no hay una trina. Lo cual no quiere decir que operando no se hagan conjunciones entre ellas pero nunca son a tres. Evidentemente una vez separado (como hemos hecho) diacronía, sincronía y tiempo de historia las cosas

son un poco más complicadas, pero él ha acertado con el esquema. Es un paso en la buena dirección.

Ahora lo que nos importa es ampliar el toro a la escena primaria de forma que también pueda operar horizontalmente. Como ejemplo recurro de nuevo a una película, algo antigua. Es de Sidney Lumet y en España se titula *La ofensa*.

Se trata de un policía de personalidad psicótica tipo paranoide, que mata en un interrogatorio a un detenido sospechoso porque “tiene la certeza” de que ha sido él. Pero la cosa es que lo “sabe” porque las escenas de goce sexual y de muerte que ha percibido a lo largo de su vida como inspector le han arrasado (ravisser) y le invaden mentalmente. La trama establece una relación entre ellos en la que el sospechoso le reconoce, se reconocen entre sí, o le hace reconocer que él ha tenido las mismas impulsiones o goces. Dicho de otra manera, lo que el delincuente hace, el policía lo tiene como escenas de goce inadvertido, o no-sintónico con su fantasma, aunque no las ejecute ya que lo que hace, como dicen los clásicos y Freud maneja muy bien, es una inmensa proyección moral sobre el “otro”. Cuando su sospechoso se lo interpreta salvajemente es cuando lo mata.

Desgraciadamente, la película adolece de que Sean Connery no da el papel para este personaje pero el planteamiento es correcto. No es sólo desde la historia sino desde las

escenas de goce sexual (realidad sexual), sexuado y de agresión desde donde “sube goce” y el sujeto queda “arrebatado” que por no poder ser semantizado o resignificado arrastra al sujeto al desastre.

Lacan habla de la mirada en el texto de Duras. Aquí también está en juego. Podemos ampliar el término a cualquier estructura o tipo clínico. Por eso la sexualidad o escenas sexuales pueden ser traumáticas. Recordad *La pianista*.

Saludos

C.B.

Estimado Carlos,

Te sigo, estoy al tanto aunque no participe. En adjunto Thesaurus de mi Folio en francés.

Cordialmente, (está en la página del seminario virtual 3)

Ricardo Rojas

Mil gracias, Ricardo, y me alegra saber que sigues ahí.

Saludos

C.B.

Estimad@s

Os apporto una traducción del final del apartado VI de *TV*. Uso la traducción ad hoc que Rithée Cevasco hizo en colaboración con Daniela Aparicio para su trabajo en el Foro de Barcelona. En rojo lo que me ofrece satisfacción, ya que además de explicar bastante lo que estamos haciendo se ha quedado un poco antiguo porque, desde mi trabajo sobre el lado masculino, ya se ha obtenido otro matema del discurso analítico. Texto que explica la necesidad de ir poniendo las bases para una matemática no suturada. El texto que subiré, corregido, sobre el Faló (ya lo envié) más el que estoy escribiendo sobre el lado femenino (y que tiene serias dificultades) quizás nos permitan obtener más matemas. Gracias por vuestra paciencia con esta tarea ardua.

Saludos

C.B.

“Para que la pregunta de Kant tenga un sentido, la transformaría en: ¿desde dónde espera usted? Usted quisiera saber lo que puede prometerle el discurso analítico, *a usted*, puesto que en lo que a mi concierne lo tengo ya servido en bandeja.

El psicoanálisis le permitiría seguramente esperar poder elucidar el inconsciente del que es usted sujeto. Pero todos saben que no aliento a nadie, a nadie cuyo deseo no sea decidido.

Más aún, excúseme de hablarle de los ustedes de mala compañía, pienso que hay que rehusar el discurso psicoanalítico a los canallas: he ahí seguramente lo que Freud disfrazaba con un pretendido criterio de cultura. Los criterios éticos desgraciadamente no son más seguros. Sea como fuere, es a partir de otros discursos que pueden ser juzgados, y si me atrevo a articular que el análisis debe rehusarse a los canallas, es porque los canallas se vuelven necios, lo cual por cierto constituye una mejoría, pero sin esperanza alguna, para retomar vuestro término.

Por lo demás, el discurso analítico excluye al usted que no está ya en la transferencia que demuestra esa relación al sujeto supuesto saber –que es una manifestación sintomática del inconsciente.

Además yo exigiría un don del mismo tipo con el que se criba el acceso a la matemática, si ese don existiera; pero puesto que no hay matema alguno fuera de los míos que haya salido de ese discurso, es un hecho que no hay aún don que pueda discernirse a partir de su prueba.

La única probabilidad de que ex -sista sólo depende de la buena suerte (*bon heur*), con ello quiero decir que la esperanza no surtirá efecto alguno, lo que es suficiente para tornarla por inútil, o sea para no permitirla.”

C.B.

Estimad@s,

Acabo de subir a la pagina del seminario:

<http://www.carlosbermejo.net/seminario%20virtual%203%202/falo%20y%20escritura.pdf>

Está retocado, corregido y sobre todo marcando mejor lo sintáctico y lo semántico.

Saludos

C.B.

Gracias, Carlos, por este texto que me resultó bien legible e insiste en la diferencia entre lo sintáctico que refiere al Uno unificante (del falso ser por así decir) y lo semántico al uno contable, para ahí localizar la función fálica.

Preguntas:

1-pág 3 y 4 : “ese objeto denotado para mediar o contar un real”. Ese objeto ¿es el fallo?. Me hace problema el “contar un real”. Por definición, lo real escapa, no es semantizable, (me parece). Entonces ¿el goce es su sustituto? ¿Qué diferencia habría entre semantizar y cuantificar?

3- Desplegar porqué el Uno contable no representa al sujeto sino al padre del nombre, decir algo más acerca de este padre del nombre.

De otra parte, la lectura de este texto no deja de reenviarme a una expresión de Lacan: “Lo real es sin ley”. ¿Podrías decir algo al respecto?

Saludos cordiales,
Amanda Oliveros

Estimada Amanda,

Me alegra que sirviera. Puntúo que el primer Uno es el de la diferencia con otro y que podrá ser unificante o no según aplique semánticamente en la tópica que estamos tratando o aplique sobre la tópica del espejo. Separar las operaciones sobre lo Imaginario, o sobre el goce, o lo real es magnífico.

La frase que me comentas de contar un real, ya sospeché que podría dar pie a confusión, así que te agradezco la pregunta porque así lo explico fuera del texto (no lo hice para no hacer más farragosa la lectura, que yo mismo me fatigo cuando la releo). Me refería con ella (es un tema que me interroga continuamente) a que si no somos capaces de medir en el Inconsciente o con el lenguaje (que no debemos olvidar que es la **estructura** que con el Fallo obtenemos de Lalengua, siendo ésta un **crystal**, es decir, no sabemos muy bien

qué pero no una estructura. ¡Qué fino era Lacan! Recuerdo que tú misma me remarcaste lo del la elucubración del lenguaje sobre la lalengua y yo lo he rehecho de arriba abajo).

Seguimos, entonces: ¿cómo hemos conseguido una estructura de medida sobre lo real material de la física o de la economía? Es decir, no podemos con xRy y eso tiene la consecuencia de que escribimos de todo pero sin encontrar una verdadera relación jamás, y sin relación ¿cómo medimos? En la frase que me indicas me refería a que hemos sido capaces en nuestra cultura de aprender a medir, o eso creemos. No se trata de nuestro real en la frase sino del de la economía o la ciencia en general.

Empalmo con la tercera pregunta. La ley es simbólica y es la ciencia, con su isomorfía, la que parte de la **conjetura** de que lo real sigue leyes (lo que fue un paso magnífico porque creó un Otro matemático pero los dejó atrapados en ese Otro), de forma que debemos encontrar leyes simbólicas isomórficas o lo más isomórficas posible (al menos en zonas acotadas: teoría de modelos) a ellas.

Nuestra conjetura es distinta. No se puede alcanzar así, como dices, lo real, y además no sabemos cómo funciona. Por eso la Ciencia empotra en lo real su ley y por eso la psiquiatría o la psicología científica empotra su ley al sujeto.

Tesis de Lacan: toda construcción teórica es fantasma. La pregunta difícil es si hay empalme en algún punto entre las teorías-fantasma y lo real. En la ciencia es clarísimo que lo hay, porque si no las maquinatas (“el alunizaje”, decía Lacan) no existirían, pero claro, el planeta sufre y se muere o los sujetos sufren por la teoría económica que se les aplica. Teoría que, sea la que sea, será forzada, aunque haya matices. No es lo mismo el capitalismo USA que mantiene cierta democracia (y sus derechos) en campos o territorios, que el chino. Éste trae lo peor de lo peor. De la misma forma que no es lo mismo sostener el fantasma de un sujeto y su realidad sexual que el de otro, eso las chicas lo saben bien. Este forzamiento es el precio que impone lo simbólico cuando, en forma de teoría o fantasma o realidad sexual o X quiere realizarse en lo real, lo que he llamado superyó en general y que incluye al cultural de Freud, que queda así más claro.

Lo real empuja pero lo simbólico también, (lo imaginario por supuesto va del mismo palo con los otros dos) ésta es la conjetura psicoanalítica.

Fíjate que yo digo que lo real como ley es implacable (tal como lo define Lacan al principio todavía antes de convertirlo en lo imposible fuera de la ley, ahora sí, del significante) y traumatiza. Pero luego la cosa va al revés, cuando la teoría del significado pasa vía ravinement a lo real, la cosa depende de cómo lo haga: si castradamente (en varios sentidos) o no, y fastidia a lo real y también hace síntoma.

Volvamos al medir; ¿el medir científico podría ser de nuevo un fantasma? Todo el empirismo se basa en poder medir, el dato. Pero ¿éste es también fantasma? Yo creo que es leído desde un fantasma pero no lo es en sí ya que entonces no serviría como empalme con lo real en la ciencia. ¿Y el psicoanálisis qué? Bienvenida ahora la metonimia (el viraje mejor) y la topología que, por no ser metáfora en general, podrá darnos un soporte (Escrito *Quizá en Vincennes*). Ésta es la gracia, el dato de la ciencia como el nuestro, no deja de ser nunca más que metonímico. La topología, para Lacan, no es estructura, lo que no deja de ser una afirmación enorme y que poco a poco voy ciñendo. Lo difícil es diferenciar la metonimia de goce (y además de sentido: goce sentido) de la que trae algo de lo real al goce y demás. Lacan parece que lo intuía claramente, pero no lo diferenció con claridad. Como Einstein, que intuyó la teoría del campo único pero el pobre al que le cayeron sus papeles no entendió nada y han sido otros muchos, con su trabajo, los que lo han construido (teoría de cuerdas). Historia que se repite en psicoanálisis también.

Este asunto del heredero, sea familiar o teórico, nos empalma con la segunda pregunta sobre el padre del nombre. La única posibilidad de establecer esas tópicas semánticas entre registros, para que no vayan sólo colusionando entre ellos pero sin construir fantasmas o realidades (sujetividad), es que un sinthome con una estructura interna determinada se borrormeize con ellos. Es el padre-del-nombre-del padre, que es el que lo representa en las subestructuras, realidades narcisíticas, fantasma, escena primaria y no

sé si en el espacio del goce. Una estructura está representada por un significante en este caso, y no el sujeto. Aquí es cuando he planteado que ese significante, en tanto proviene de un buen orden (estructura del ancestral del padre del nombre simbólico), puede aportar algo más que el significante UNO que proviene de lo real. Un orden es lo primero necesario para poder establecer los números y además una distancia (ésta la aporta quizás el falo imaginario). En su conjunción aparecen los cuasi-números, y entonces, en mi hipótesis, tras un largo trabajo de discursos, hemos establecido lo más real de qué. Lacan no acaba de pronunciarse en esto del todo pero en *Létourdit* casi lo hace:

De cela « réalisant la topologie », je ne sors pas du fantasme même à en rendre compte, mais la recueillant en fleur de la mathématique, cette topologie, — soit de ce qu'elle **s'inscrive** d'un discours, le plus vidé de sens qui soit, de se passer de toute métaphore, d'être méto- nymiquement d'ab-sens, je confirme que c'est du discours dont se fonde la réalité du fantasme, que de cette réalité ce qu'il y a de réel se trouve inscrit.

Pourquoi ce réel ne serait-ce pas le nombre, et tout cru après tout, que véhicule bien le langage ? Mais ce n'est pas si simple, c'est le cas de le dire (cas que je me hâte toujours de conjurer en disant que c'est le cas).

Car ce qui se profère du dire de Cantor, c'est que la suite des nombres ne représente rien d'autre dans le transfini que l'inaccessi- bilité qui commence au deux, par quoi d'eux se constitue l'énumé- rable à l'infini.

Primero, he remarcado en rojo que se inscribe y no que se escribe. La topología se inscribe, lo real se escribe: ¡menuda diferencia!

Ahora, ¿se inscribe “por esta realidad” lo que hay de real? Entonces el número sería lo real que se inscribe en lo simbólico. No me gusta suponer el número en lo real. **Prefiero pensar que el número es el que metonimiza mejor lo real.** Veremos cómo, ya que toca al debate sobre los inconscientes con apellido.

Este asunto del padre del nombre es bien chistoso a veces porque al introducir el orden de sucesión crea los herederos. Sea en el negocio familiar (como vemos con analizantes), como en el pacto de los anillos de Freud, sea en el pacto de “usted debe darme palabra de que publicará mi obra”, se mantiene la estructura primera: “el sucesor”. Eso tiene varias consecuencias:

a) Si el segundo queda atrapado en eso no entiende (no me refiero desde el saber) nada de lo que el primero propone y queda atascado. Como Oppenheimer con los papeles de Einstein y eso que era un hombre brillante y un magnífico físico. “Hay cosas que no se heredan, muchacho” habría que decirles. Es gracias a que el discurso se desplaza por lo que otros, atrapados en él pero con ciertas metáforas y metonimias (aunque no lo sepan) calculadas, lo vuelven a abrir, “frayer la voie”. Tema interesante, la relación heredero-saber. Parece recubrir nuestra crisis de la AMP.

b) En el caso del psicoanálisis es más grave el asunto porque además de aplicar lo anterior (lo que impone un deseo y al sujeto no le queda más que recuperar el antiguo suyo si desea diferenciarse: la vuelta a la política, por ejemplo) se trata de salir de dicho *sinthoma*. Así nos va.

Gracias por tu pregunta y estímulo porque al intentar resumir (condensar) creo que me ha salido una buena condensación: es el que metonimiza mejor lo real.

En cuanto a la diferencia semantizar y cuantificar. Recuerda que semantizar es aplicar la lógica a algo. No es que sean diferentes sino que se puede semantizar sin cuantificar o cuantificadamente. Si no se cuantifica sólo aplica, aunque sea sin decirse, el cuantificador para todo.

Saludos

C.B.

¡Hola! El escrito es bonito, preciso y aclarador aunque parece fácil, no lo es. ¿Qué es lo de los inconscientes con apellido?

Besos

Montse Vidal

Inconsciente real, inconsciente simbólico y algún imbécil inconsciente imaginario.

C.B.

No sabía que se llamaban “incs. con apellido”.

Montse Vidal

No se lo llaman, yo los llamo así.

C.B.

Querido Carlos,

Lacan se pasea por las tres dimensiones RSI referidas al Inconsciente. E incluso hay un momento (no tengo la referencia precisa, pero podría buscarla) en que se hace la pregunta de si finalmente el Inconsciente no es imaginario (debe ser en el *XXIII (L'Isu...)*). Lo que me parece no conveniente es la reificación de la adjetivización. Personalmente prefiero hablar del lcs bajo el foco de las tres dimensiones (dicha-menciones). Y Lacan, de proceder a nuevas nominaciones: el sujeto deviene parlêtre (e incluso habla del inconsciente como parlêtre) introduce por la primera vez este neologismo de parletre en una conferencia en Roma, dada justo antes de la conocida como "La Tercera"... De la lengua a lalengua; rebautiza al lcs "comme Unebévue" (jugando con el espacio interlingüístico entre alemán y francés). Esto no es sino puntuación para, como siempre, reubicar a Lacan en contexto, a cada vez... pues fuera de contexto pueden apilarse definiciones o aproximaciones conceptuales que no dejan de ser paradójicas, e incluso a veces contradictorias e inconsistentes. Es preciso pues seguir el movimiento de los desplazamientos conceptuales en su conjunto, como si los estirara de una manera

topológica (y sin que se adviertan siempre cortes o bien hay que construirlos a posteriori).
¡Lacan: es una práctica de lectura! O si se quiere una práctica del comentario de textos...
Y, por supuesto, las incidencias clínicas que conllevan estas "deformaciones" en el campo conceptual.

Todo esto, porque no estoy de acuerdo con la rapidez con que Carlos tilda de "imbécil" a la evocación del inconsciente imaginario; el propio Lacan duda, en algún momento de su proceso, de "rebautizar" y "redelimitar" la noción de Inconsciente (y por supuesto los límites del "sujeto del inconsciente", más restringido que el parlêtre!!!!)

¡Seguro que no os comunico nada que ya no sepáis!!!!

Cordialmente

Rithee Cevalco

A eso se le llama 'inventar' según algunos que además dicen que es poco lacaniano...

Luis Tarragona

Estimada Rithée,

Los mails últimos eran privados, pero por descuido pasaron por el seminario. Ya que eran entre dos colegas que conocían el contexto, no era necesario explicar a que imbecilidad me refería. Se trata de un testimonio en el que el testimoniante, tras no decir nada de sí mismo, acabó proponiendo en el esquema L de Lacan que el inconsciente pasaba el eje imaginario. Incluso los fieles se quedaron sorprendidos y aplicando la *politesse* no le dijeron nada y nunca más lo invitaron.

Otra cosa es el problema al que alude y que es de calado y tiene algún torpedo. Cuando Lacan tenía ese esquema L ampliado al R pudo situar hasta el año 66 el Inc en la relación al Otro, es decir en la palabra (y más tarde el decir cuando incorpora mejor de dónde sale la cadena de la enunciación). Incluso cuando establece los 4 discursos todo va bien, pero como usted remarca, en la tercera se encuentra, tras tener su nudo borromeo de registros con un tres (que no se olvide nadie que no sale de la lengua ni del lenguaje, y él mismo lo dice) y el Incs. y el Otro y debe articularlos. Primer intento, *La tercera*, en el que ya he

comentado que comete un *ratage* fenomenal porque sitúa el Inconsciente (al que implica que se le escuche) en la estructura espacial geométrico topológica. Y para más error, sin el cuarto nudo. Vapperau, creo que lo interpretaba, teniendo en cuenta su historia personal de forcluido por Miller, con que había que hacer dibujitos y Miller no sabía o no quería. Que Miller no lo incluyó es un dato, que yo más bien interpreto o achaco a que Lacan se dio cuenta del tremendo paso en falso que había dado y supongo que algo comentó y Miller lo aparca, o simplemente vela, como Caifás. Es mucho más inteligente. Luego si algo se reprime es porque trae una verdad incómoda, no creo que la de los dibujitos.

Es que Lacan supedita el Inconsciente a los tres registros. Más tarde, cuando empieza a intentar articular el Incs de nuevo con lo que usted remarca apoyándose en lo que, una vez definidos así en el *XXIII*, (en vez de dimensiones como los cartesianos) y sin el *sinthoma* debe pasar un momento de desconcierto. Ahora nosotros, no podemos confundir el decir con sus tres dimensiones. Lacan intenta una vez definidos así en el *XXIII* abordar de nuevo el problema en el *L'insu...*: situar el Incs. con las tres dimensiones y alguna vez con el *sinthoma*.

Empieza un auténtico mareo, ya que pasa de un tema a otro, remueve toda su teoría pero no puede concluir nada. Se enfada hasta con Freud. Recuerdo lo de si podría ser incluso imaginario, que usted comenta; lo he buscado pero no lo encuentro ni en él ni en el

seminario siguiente. Cuando lo leí me sorprendió hasta que pude hacer la diferencia entre la estructura espacial de la cadena-nudo y el decir. Que sean las dit-mensions sobre las que éste se apoya no implica, como bien dice usted, que sea como rei. Nada de eso, ya que las dimensiones o simplemente registros no son ninguna rei y menos una sustancia.

Lacan empieza un mareo de definiciones de matemáticas, y otras disciplinas como la lengua o la gramática, etc., todas muy valiosas, mediante operaciones duales de dit-mensiones trinas. La operación siempre en minúscula. Pero no da un solo paso hacia adelante, y además queda atrapado en su juego de palabras entre dos lenguas, como nos recordaba, y que ha venido bien que lo aporte. Lacan los mueve un poco a lo loco buscando la salida y no le aparece. ¿Por qué?

A mi juicio le fallan dos cosas:

- a) no diferenciar el saber posible en el Otro, S2, del saber del Inconsciente. Esto ya lo había comentado yo antes en el seminario: un espacio puede tener un saber por su propia constitución (el espacio einsteniano es la mejor prueba) y otra cosa son los significantes del saber en juego en los discursos sobre los que actúa el Incs.
- b) El Incs., cuando se cierra, ¿dónde está? Y cuando se abre ¿dónde se despliega? No está en un espacio si es que está en alguna parte es en el tiempo y se despliega temporalmente sobre el espacio que sea, la cadena-nudo, si fuese el caso. Esto es lo que

no acaba de concluir. Nadie ha hablado jamás de estar en el tiempo sólo, ni de estructuras o saberes en el tiempo, a parte de algunas series de ciencia ficción. Esta es mi tesis, aunque algún analista barcelonés, algo religiosamente, dijo: “el inconsciente es el tiempo” y le llamaban pesado. No es eso, pero se acerca a lo que yo propongo. No es el espacio el que se abre y cierra sino fundamentalmente el tiempo. Entonces se apoya en las tres dimensiones y es cuando dice él (Lacan) que, claro, de entrada lo simbólico le daba mejor cabida (esquema L y R) y nos recuerda el apoyo mayor.

Tema que aún no podemos abordar, al menos yo. Así que me parece bien que no le guste lo de imbécil si se aplica a esto, pero es que no se aplicaba. Inconsciente con apellido es reificarlo y además por un autor. Lo que he dicho de las dit-mensiones lo cuestiona de arriba abajo. Y ahora lo del torpedo.

Quizá he entendido mal, pero esa afirmación de que Lacan es comentario de textos no me parece ajustada. Ya veo que ha puesto las incidencias clínicas que se deriven, pero creo que además del comentario de texto hay que poder plantear, aunque sólo sea metonímicamente tesis claras.

Creo que estaremos de acuerdo en eso. Pero lo remarco porque puede ser entendido tal como se enseña el psicoanálisis: “Vamos a comentar este texto”, y la gente acaba no sabiendo nada y aplicando recetas de la abuela de otras corrientes.

No digo que usted lo piense así, pero por si acaso...

Saludos y gracias por su intervención.

C.B.

Evidentemente, Lacan se recuperó del golpe e intentó el seminario de topología y tiempo...

C.B.

Estimados Seminaristas:

Desde que Lacan ubica lo imaginario y los significantes del lado del semblante, del sens-
blante, creo que es posible plantearse si Imaginario y Simbólico merecen, o no, ser
considerados registros distintos, si es que por registros queremos pensar dimensiones. S

e I son operaciones distintas, por supuesto, pero ¿son dimensiones distintas? Después de todo, de paradigmas (sistemas significantes) y de objetos referenciales se constituye el Universo, pero es al Universo al que otras dimensiones le hacen cosquillas sin parar. ¿Qué dimensiones? La física ha situado el agujero negro, el horizonte de sucesos, la coherencia cuántica, las constantes fundamentales, por decir algunas. La matemática ha situado los axiomas independientes: infinito ordinal, conjunto vacío, axioma de elección y criterios conjuntistas muy interesantes: grupo, monoide, semigrupo, magma, y nociones como la de no-conmutatividad. La lógica formalizó las paradojas, y la puesta en cuestión de principios clásicos como el tercero excluido y el de no contradicción (Carlos ha recordado esto en su tratamiento de la lógica fuzzy).

Real, Simbólico e Imaginario fue un abordaje fundamental para desmarcarse de la ego psicología y para abrir una clínica más decidida frente a la psicosis, pero a la luz de los avances de la física, la lógica y la matemática, estimo que es un abordaje pobre. Lacan dice, por ahí, que se aferra a esos registros como a tres flotadores, y quizás resultó demasiado ceñido a ellos (como a thematas, por usar el término del epistemólogo Holton) y es él mismo quien parece no saber cómo sacarse de encima esos flotadores hacia el

final. Flotadores de plomo, si se considera esa cierta disforia de náufrago que lo caracterizaba hacia el final de su obra.

No hay dimensión que, al parecer, Lacan no haya intuido (objeto como constante, el número de oro, la até, los ordinales, la obscenidad, la ficción, el kakemono, el límite, el goce otro, las letosas, etc, etc, etc). Pero me pregunto si el sesgo que inhibió ese “paso hacia adelante”, que Carlos nos dice que Lacan no dio, no será el mismísimo RSI.

Temo que no despejar está cuestión podría implicar seguir enmendando con más y más cuerdas los nudos, o interrogando el borromeo aquí y allá, o calculando efectos de anudamiento de un modo, finalmente, inadecuado.

Eso por ahora.

Saludos cordiales,

Felipe Maino

Estimado Carlos,

Gracias por su generosa respuesta. Se me escapan algunas cosas, pero guardo en reserva algunas cosas. ¡En efecto, nos quedan muchas cosas, me parece, por descifrar!!!
Cordialmente

Rithee Cevalco

Estimada Rithée,

No se preocupe que eso, nos pasa a todos, y los estímulos son bienvenidos.

Aprovecho para indicar otro error de Lacan en esos momentos: hace colusiones directas ente los registros sin tener demasiado en cuenta las tópicas que él mismo ha ayudado a establecer y aclarar, aunque las nombra y se interroga. Casi parece un momento final estelar, funcionando en paralelo y no en serie, donde abre todo y a la vez; a mí en parte me emocionó y me entristeció al mismo tiempo porque era el prolegómeno de su final y

genios así hay pocos, de hecho muy pocos. Es un momento brillante a la vez porque abre caminos insospechados pero para recorrerlos hay que poner los tabloncitos necesarios.

Iremos o intentaremos recorrer el camino con honestidad intelectual.

Saludos

C.B.

Me parece que a propósito de los asuntos que se cruzan sobre el inconsciente con apellido, trae un aire, viene bien, el siguiente *Texte* de J. Allouch, sobre el Libro de Philippe Sollers *Lacan même*. Que disfruten su lectura, espero.

Amanda Oliveros

← [Lacan mismo \(Lacan même\), Philippe Sollers](#)

El amor que uno no obtiene. Philippe Sollers: testigo de Lacan

Publicado el [3 septiembre, 2014](#) de [unoaño](#), taller de lectura en psicoanálisis

Jean Allouch

Conferencia en Buenos Aires, Universidad J. F. Kennedy, 29 de julio de 2003

Publicado en ***Opacidades***, revista de la ***école lacanienne de psychanalyse*** No. 3, pp. 241-251. Buenos Aires, agosto 2004.

Traducido del francés por **Graciela Siciliano-Bousquet**. Colaboraron **Graciela Graham** y **Norberto Gómez**.

unoauno, taller de lectura en psicoanálisis, agradece a **Jean Allouch** por la aprobación para publicar esta conferencia, así como a **Juan Carlos Piegari**, director de ***Opacidades***, revista de la ***école lacanienne de psychanalyse***, por su autorización.

I. Presentación.

El amor, curiosamente, ha permanecido hasta hoy y hasta donde yo sé, bastante fuera de los trabajos lacanianos. Fíjense tan solo en el diccionario firmado por E. Roudinesco y M.

Plon: nada sobre el amor, simplemente nada. En el campo freudiano se publicó, es cierto, un libro, pero se trata de una serie de trabajos de no analistas y, más allá de la intervención de Badiou, no hay nada de lo que yo llamo, desde ahora, “El amor Lacan”, como se diría, con Breton, <el amor loco>; pues hay, figúrense, una figura lacaniana del amor, al menos una, tal vez dos. En mi seminario en París y ahora aquí, trato de distinguir, de aislar las consecuencias de la invención del objeto a minúscula sobre el amor. No se trata de preguntarse cuál es, globalmente o en general, la teoría lacaniana del amor (si semejante cosa existe: claro que no). La cuestión que ponemos a trabajar no se formuló nunca en los términos locales tal como la formulamos.



Ahora bien, resulta que en el momento en que esta cuestión emergía, apareció en la revista *El infinito*, una entrevista de Philippe Sollers intitulada “[Lacan mismo](#)”,^[1] (en francés, se oye una homofonía: “*Lacan m'ême*” / “*Lacan m'aime*”), entrevista cuya lectura me impresionó de una forma que ustedes advertirán,

trayéndoles el pensamiento que me atravesó desde la lectura de las primeras líneas, y, luego, a través de toda la entrevista. Me puse a pensar:

Hace ya cuarenta años que Lacan me ocupa una cantidad inverosímil de horas, treinta años que yo escribo sobre él, a veces grandes volúmenes, y hete aquí que este Philippe Sollers, así, con ligereza, sin todo ese laborioso trabajo al cual me entrego, publica hoy un texto que concierne a Lacan, y que podría, en cada una de sus proposiciones, firmar con él.

Ciertamente, al escucharme decir esto, Philippe Sollers, -a quien hemos recibido en mi seminario-, podría legítimamente enojarse o divertirse, no sabemos, por esta apropiación que no es tal, como espero indicarles.

Allí donde yo usaba rodeos, pacientes y aplicadas lecturas, Sollers, como una flecha, daba, sin esfuerzo aparente, en el blanco. Estaba asombrado, perplejo tal vez, pues ningún estudio lacaniano me había provocado la misma impresión. Pero no, “perplejo” no corresponde, puesto que lo que Sollers decía se me aparecía hasta en el mínimo detalle pertinente, simplemente pertinente.

Lo más extraño de este asunto está en *el contraste* entre este inesperado y armónico acuerdo y la más que sensible diferencia de nuestras posiciones en cuanto a Lacan. Me dije, al comenzar los años sesenta, sobre Lacan: “He aquí un tipo que, dado lo que yo escucho (decir), es capaz de sacarme del atolladero en el que estoy”.

En la misma época, lejos de haber querido recostarse en el diván de la rue de Lille en París, Sollers tomó a Lacan por los hombros, casi paternalmente o, si prefieren, como un hermanito que se diera cuenta de que su hermano mayor no estaba al corriente. No es entonces ilógico que diga a su interlocutora de “Lacan mismo”, sorprendida por su “condescendencia” con Lacan: “Yo sé de lo que hablo”.^[2] En contraste, mi posición, más bien habría sido elegir a Lacan como alguien a quien podía hablar para saber de qué estaba hablando yo. Dadas estas irreductibles diferencias de posiciones “transferenciales”, si ustedes quieren, parece bastante increíble que nuestros juicios coincidan.

Más vale, ahora, detallar esta asombrosa convergencia. Asombrosa, tal vez no lo sea para aquellos de entre ustedes que habrán constatado, leyendo mi tentativa de aclaración de “Kant con Sade”,^[3] que el único de los comentaristas anteriores que se salva es precisamente Sollers.

Sollers declara, en “Lacan mismo”, que conviene tomar a Lacan “[...] en sus vacilaciones, sus arrepentimientos, sus silencios, sus arrebatos de cólera...”; es lo que yo hago hace lustros.

Subraya que Lacan estaba, para decirlo con una formula, solo, “no tan solo después de todo”,^[4] un rasgo que noté muchas veces, en particular a propósito del acto de fundación de la EFP (la *École freudienne de Paris*), y que los lacanianos, haciendo del maestro un héroe como se hizo con Freud, se obstinan en desconocer.

Sollers nota que Lacan “[...] tomaba un lugar de afirmación considerable” y es por eso que estamos aquí, más de veinte años después de su muerte, intentando delinear este lugar.

Interrogado sobre “Fals“, nombre de Lacan en su novela *Mujeres*, Sollers, remitiendo ese “Fals” a “falsificación”, precisa que se trata, con Lacan, de abrir la “posibilidad de lo falso que diga la verdad”.^[5] Ocurre que es exactamente la primera frase dicha al salir de mi análisis con Lacan: “Yo hablo en falso (en el sentido musical de este término)”. Si bien a Sollers le gustaba el orador y su teatralidad, no apreciaba para nada la escritura de Lacan,

“demasiado escrita”, como él dice. Demasiado escrita, tal vez por rabia de ser “*pas pohâtassé*”^[6] (Lacan), pero demasiado escrita de todas maneras. Sollers está en lo justo. Hoy en día, llegamos a un punto en que partes enteras de textos firmados “Lacan” pasan sin vacilación de lo ilegible a lo vetusto, como Sollers lo nota a propósito de los *Escritos*. No es por otra cosa que tomamos a Lacan por otro lado de sus seminarios en sus múltiples transcripciones.

Sollers destaca que Lacan estaba “desfasado” tratándose de Joyce (Lacan era un hombre de los años cuarenta); ¡y bien!, nada es más exacto: la prueba fue dada en el mismo momento del seminario *Joyce le sinthome*, con la ignorancia de Lacan sobre la epifanía. ¡No sabía de qué se trataba! Un poco como si un matemático reconocido y de alto vuelo ignorase lo que transcribe la raíz de menos uno. Y la confirmación de este “desfasado” sigue cuando los lacanianos no supieron hacer otra cosa con Joyce que recitar sin aportes nuevos, y mucho menos críticos, las afirmaciones del maestro. Lacan no supo o no pudo aplicarse en la lectura de Joyce (“aplicarse” en el sentido del *Guerrero aplicado* de Paulhan), como lo hizo, por ejemplo, con Poe o Gide, o con Schreber o con el *Banquete* de Platón. Su

comentario no alcanzó, como lo reivindica para Lewis Carroll,^[7] el “estremecimiento” de la obra. Así el seminario *Joyce le sinthome*, vale para Lacan, pero en nada para Joyce.

Podría prolongar esta lista, como a Sollers le gusta hacer a veces (cf. Las listas numerosas de su última novela *La estrella de los amantes*),^[8] pero, después de todo, los dejo descubrir esas convergencias

II. Prolongación



Hay, sin embargo, una última convergencia que quiero mencionar, puesto que es sobre ella que la lectura de “Lacan mismo” me ha permitido, no precisamente hacer un descubrimiento (en el sentido de un develar), sino

desplegar este develarse que, desde hace algunos años, consiste en destacar que tratándose de la sobrevivencia de su “enseñanza” (¡como si una “enseñanza” digna de este nombre tuviera necesidad de preocuparse por eso!), Lacan se ubicó en el modo de transmisión “epiclera” (el “levirato” de los judíos). La razón de esta elección, escribí en su momento, era la ausencia de un alumno digno de ese nombre. Y, por cierto, no reniego de esa constatación ahora confirmada, puesto que disponemos de la perspectiva de más de veinte años, y los trabajos lacanianos están en un punto muerto, o casi. En “trabajos lacanianos” no incluyo esta marea negra de vanidad obsequiosa a la cual asistimos en ese registro, sino que no podría tratarse de otra cosa que de lugares donde la cosa arde (como, por ejemplo, el cambio de posición que afecta a la homosexualidad y el transexualismo, y que lo hace sustraerse al poder médico-analítico).

Ahora bien, Sollers, en esa entrevista, designa precisamente uno de esos lugares donde la cosa arde, que se llama “La cuestión Sylvia”, donde el objeto caído, mal caído, a decir verdad, objeto tirado antes de que haya caído (según la fórmula que retengo de Victor Hugo como la de la ética psicoanalítica, una ética del objeto a), no es nadie más que Georges Bataille. Sollers ama la alusión, entendida por quien pueda; pero ese gusto no le

impide para nada ser, a veces, muy directo. Así deja publicar, en esa primavera de 2002, su observación según la cual “Bataille era un problema considerable en la región Lacan”. No conozco que esta afirmación, claramente decisiva, haya dado lugar a la más mínima respuesta. Leamos este párrafo solleriano, provocador en el justo sentido de la palabra, o sea, susceptible de desencadenar una vocación:

[...] Laurence Bataille [hija de Georges] sufrió ella misma las consecuencias. Cené una sola vez con Laurence Bataille. Le dije mi admiración sincera y continua por su padre, su progenitor... a quien ella se parecía mucho. Ella me interrumpió diciendo: "Óigame, no, cuando se escriben ciertas cosas, se debería pensar en su descendencia", etc.

Sollers no nos dice a qué cosas escritas Laurence hacía alusión, tampoco si él la interrogó al respecto.^[9]

Así son las familias. Y el nombre de Bataille ha sido censurado. Lo que no quiere decir que no haya continuado circulando (como destinatario, etc.). Esto es algo que debería ser estudiado desde hace tiempo,^[10] y que es absolutamente increíble:

(Prueba de este “increíble”: Sollers termina la entrevista con ese punto) el rol del nombre de Bataille en... la región.

(con esta denominación “región” no estamos lejos de “religión”).

La región son también las hermanas de Sylvia. Todo eso no ha sido estudiado por ser tabú. Esto me parece muy importante. ¿Por qué Bataille era el objeto caído de esta constitución familiar, con una hostilidad de las mujeres, considerable, por supuesto? ¿Habría convertido a las chicas en imposibles de casar?... Está muy mal visto ser Bataille para las matriarcas de la región, ¿no?, muy, muy mal visto. Muy mala reputación [...] una vida indeseable, demasiada libertad.

Y bien, acá estamos. Si debemos buscar el Lacan que habría innovado en materia de amor, Lacan y no el monigote que bajo ese nombre circula, es en ese punto y en ningún otro donde lo encontraremos, en ese punto que Sollers califica de una “demasiada libertad”, en ese punto que sale a la superficie con el libro de Sibylle Lacan sobre su padre.^[1] Nuestra

pregunta presente se deja así formular sollerianamente: *¿en qué Lacan, para el amor, habría manifestado su libertad en demasía?*

Este aporte de Sollers me permite avanzar la conjetura siguiente:^[12] Lacan habría elegido un yerno epiclero tanto más fácilmente, si se puede decir así, en cuanto él mismo casándose con Sylvia Bataille, *ya habría ligado* matrimonio y apuesta doctrinal, una apuesta ética, también erótica. Podemos difícilmente atribuir al mero azar el hecho de que las dos hijas de Lacan que se encontraron marcadas por su enseñanza, al punto de devenir psicoanalistas de obediencia lacaniana, Laurence, hija elegida como tal, y Judith, llevaran las dos el nombre de Bataille. Sybille, que no fue marcada así, escribía en 1994, en la “advertencia” (¡qué palabra!) de su “puzzle” (rompecabezas) y en presente, para más datos: *“Bataille” es el nombre de la segunda mujer de mi padre.*^[13]

Dicho de otra forma, el lazo antedicho entre, digamos, familia y enseñanza estaba *ya constituido* de antes que se pusiera en marcha la transmisión epiclera. Al principio se trató, por el lado familiar, de apartar un decir (el de Bataille); y después también de apartar un decir (el de Lacan) por lo menos el tiempo de una generación. Así, desde el punto de vista estricto de este lazo como rasgo unario (*quid est*: el lazo enseñanza/familia),

Jacques Lacan habrá sido a Bataille lo que Jacques-Alain Miller será a Lacan. Dicho de otro modo: Jacques Lacan habrá sido para Sylvia, lo que Jacques-Alain Miller será para Judith.

¿Lacan se habrá sometido enteramente a este apartamiento de Bataille? Sollers se escandaliza justamente del poco espacio que tiene Bataille en los *Escritos*: una sola nota a pie de página, un Bataille expedido y ninguna mención del nombre de Bataille en el índice, un notable olvido, en efecto. Sin embargo, algunas declaraciones de Lacan lo muestran descargado de lo que fue entonces una de las apuestas de su casamiento con Sylvia. Así, justo antes de la publicación de los *Escritos*, declara en su seminario (sesión del primero de junio de 1966):

La Historia del ojo es rica de una trama hecha para recordarnos, si se puede decir así, el nexo, la equivalencia, la conexión entre ellos de todos los objetos “a” y su relación central con el órgano sexual.^[14]

Lacan habrá pues, parcialmente al menos, guardado sus libertades.

Notemos que esta libertad mantenida concierne a lo erótico.

Nos importa sobre todo que lo dicho para Sollers, en “Lacan mismo” permite formular la apuesta de esta duplicada influencia familiar sobre la doctrina. Esta apuesta, en efecto, esta dicha perfectamente por la réplica que le daba Laurence Bataille con su “Óigame, no”. No, no Bataille, no esa “demasiada libertad”. En un primer tiempo, el *kléros* (Bataille) está marcado de un signo negativo, como excluido. Mientras que, en un segundo tiempo, con la instalación de la transmisión epiclera, el *kléros* está aparentemente positivizado, pero se trata sobre todo de no transmitir esa, sin duda intransmisible, “demasiada libertad”, sino de producir, *en su lugar*, un objeto, considerado transmisible, por lo tanto conforme a los valores familiares establecidos y dejando de lado lo erótico del objeto a (y también lo erótico de la *Historia del ojo*). Digámoslo: las chicas deben ser casaderas, y los padres deben ocuparse de hacerlas así. Ciertas mujeres son, en efecto, intratables (tan intratables como Antígona)^[5] en ese punto con el cual no se juega.

Parecería que proteger la familia de este inasimilable Georges Bataille fue un primer gesto que inscribió a Lacan en el orden familiar. El grupo psicoanalítico que siguió el segundo giro (la transmisión epiclera), la llamada “escuela de los que me aman” (*dixit* Lacan) se caracterizó, en efecto, por su preocupación por el orden, orden de la clínica, puesta en

orden teórica, orden político también. Y la mejor prueba que tenemos de esta preocupación del orden es el desorden provocado por el gesto de Jacques-Alain Miller, ^[16] hace más de un año, que consistió, justamente, en dar un paso al costado, sacándolo, liberándolo de las colosales exigencias de la transmisión epiclera a las que consagró veinte años de su vida.

Pregunta: ¿Un psicoanálisis bien llevado no convierte a una analizante mujer en imposible de casar? ¿No es que la entrada al convento (signo de un análisis fracasado, según Lacan) no sería verdad para esta otra forma de voto matrimonial que es el matrimonio llamado civil?

III. Invención



Bueno, termino acá estas reflexiones provocadas por la lectura de “[Lacan mismo](#)“. Les habrán aclarado un poco sobre mi deseo de que Philippe Sollers participe de mi seminario. Debimos su presencia a su gentileza, pero también a una frase de esta entrevista o, más bien, a tres réplicas transcriptas que les leo:

-¿Qué es lo que buscaba Lacan finalmente?... Según usted... ¿qué buscaba?

- *(Él, reflexiona) [aquí hay una curiosa coma que reproduzco] El amor que no obtuvo.*

-¿Que no obtuvo...?

-*Él no fue amado*

-¿...que él no obtuvo cuándo?

-*Nunca.*

-¿Usted habla de su vida, de su infancia?

-Sí. De todo. De su constitución. Él no fue amado. Es como para enfurecerse. Y pienso que eso lo atormentaba mucho. Y creo que hubiera querido un reconocimiento más amplio, la sumisión de la universidad, la realización de un sueño megalomaniaco, una voluntad de poder generalizada, ser consagrado. Yo creo que él tuvo ese sueño de omnipotencia.

-¿Para tener el amor que según usted no habría nunca obtenido?

Siempre tuve la impresión de que no se había curado de una pena de amor. De una gran pena. No andaba bien, en suma.

Yo tomo esta declaración de Sollers muy en serio. Esto quiere decir, entre otras determinaciones, que las que relevan de la biografía de Jacques-Marie Lacan están ahí para ayudarnos a tomar algo que concierne a la posición del psicoanalista. Releamos, en efecto, la primera réplica:

-¿Qué es lo que buscaba finalmente Lacan?... Según usted... ¿qué es lo que buscaba?

-El amor que no obtuvo.

Se puede entender esto de dos maneras. Primera lectura, digamos, si les da la gana, del lado de la neurosis o, según Sollers, de la megalomanía: Lacan buscaba el amor y no lo obtuvo. Pero ustedes pueden también, en otra lectura, leer que Lacan buscaba un cierto tipo de amor: el amor que no se obtiene. Basta para esto con poner dos puntos y guiones:

¿Qué es lo que él buscaba?: el-amor-que-no-obtuvo.

¿No es esta búsqueda misma de un amor-que-uno-no-obtiene lo que hacía de Lacan un psicoanalista? ¿Es que esto vale para él, o para todos y cada uno que se encuentre en esta posición de psicoanalista?

Ir avanzando hacia un amor-que-uno-no-obtiene no es lo mismo que enamorarse y, luego de diversas circunstancias, quedarse pagando. Desde que alguien considera como tal este amor-que-uno-no-obtiene, está fuera de tema el hablar de frustración, de privación o de castración, o de masoquismo o de cualquier otra cosa.

¿Está ahí la “demasiada libertad” que Lacan se habría tomado con respecto al amor?

¿Este amor sería una figura absolutamente nueva del amor “Psicoanalítico”, si quieren? ¿O “freudiano”? Creo que tenemos que decir, más justamente: “el amor Lacan”. Y como no tiene nada que ver con el cuerpo sino con el alma, se puede llamar: *el almor*. Fíjense, eso va a cambiar su vida si, a cada uno que usted ama, en vez de decirle “te amo”, escoge, decide decirle: “te almo”. Así las cosas estarán cada una en su lugar propio, más justas, más verdaderas: amar y desear son cosas diferentes. Más vale diferenciarlas, tal como lo hace Lacan, pero muchos años antes la Sofía de León Hebreo, diciendo a su enamorado Filón, al principio mismo del diálogo (un diálogo hecho para borrar esta distinción):

Filón: El conocerte. ioh Sofía! causa en mí amor y deseo.

Sofía: Discordantes me parecen, ioh Filón!, esos afectos que en ti produce el conocerme; quizá la pasión te hace decirlo así.^[12]

El amor Lacan es un almor.

Se lee, en *Encore*:

Eh bien, c'est là que le français doit m'apporter une aide, non pas comme il arrive dans la langue, quelquefois, d'homonymie, de ce d'eux, d'apostrophe avec le deux d-e-u-x, de ce que avec le peut p-e-u-t, p-e-u il peut peu, qui est tout de même là bien pour nous servir à quelque chose et c'est là que la langue sert. L'âme en français, au point où j'en suis, je ne peux m'en servir qu'à dire que c'est ce qu'on âme: j'âme, tu âmes, il âme, vous voyez là que nous ne pouvons nous servir que de l'écriture, même à y inclure jamais j'âmais

Lo que fue así traducido:

Aquí debe ayudarme la lengua, la francesa, no ofreciéndome, como a veces ocurre, una homonimia entre d'eux y deux (de ellos y dos), peut y peu (puede y poco) -vean ese il peut peu (puede poco) que al fin y al cabo está allí para servirnos de algo- sino simplemente permitiéndome decir que se alma. Yo almo, tú almas, él alma. Ven que aquí solo nos sirve la escritura, hasta para incluir nuncamás, nuncalmás.^[18]

Saludo aquí como una muy interesante e ingeniosa idea de la traductora, Diana Rabinovich, haber puesto, en el lugar del acento ^ sobre el “a”, que remite al francés “âme”, la letra “l”, que tiene la misma función en castellano.

El amor de los trovadores (al que Lacan dedica buen número de sesiones de su seminario) no obtiene el *joi*, que constituye el extremo al que lo llevaron. Pero sería sin duda forzar las cosas y, aun peor, “em- psicologizarlas”, pretender que lo que se buscaba en el amor llamado cortés era este escamoteo mismo. Con su “âmer”, en castellano su “almar”, Lacan dibuja otra figura del amor, o mejor dicho, del “almor”.

¿Qué efecto puede hacer a alguien, a saber, el analizante, tener que vérselas con un partenaire que, como tal, buscaría obtener de este alguien el amor-que-uno-no-obtiene?

La pregunta me parece más pertinente, psicoanalíticamente más justa, más próxima a una experiencia que es de entrada la de la transferencia, que aquella, agotada, del “deseo del psicoanalista”, la cual, en la boca de los alumnos que la profieren, no es más que una

reivindicación identitaria. Estoy muy agradecido a Philippe Sollers por haberme permitido plantearla.

¿Este amor-que-uno-no-obtiene no es el eco, la contrapartida y hasta el reverso moebiano de esta soledad “no tan solo” con la cual Lacan se presentaba ante Sollers? ¿No está allí exactamente la soledad del psicoanalista?

¿Los dos últimos puntos que recién evoqué son susceptibles de anudarse? ¿Habría un lazo entre transmisión epiclera y este amor que Sollers nos ha permitido aislar, este amor-que-uno-no-obtiene, relacionado con una demasiada libertad amorosa? Y bien sí, y no ha sido difícil distinguir esta articulación. En efecto, la elección del epiclerato implica un ajuste de la subjetividad sobre el patrimonio familiar, sobre el *kléros*. Es él, el *kléros*, el que está localizado, bien definido como objeto beneficiado del brillo del *agalma*. Es él lo que amamos, lo que mimamos, lo que acunamos, lo que lavamos, lo que dejamos adormecido el tiempo de una generación. Todo el amor está centrado en este objeto y su (no) transmisión. Dicho de otra manera, el amor no se lleva a otra parte; nadie se beneficia o lo padece, como les guste. Tal es como aparece la temible ascesis del epiclerato. Dicho aún de

otra manera, y puesto que se trata con Lacan de una enseñanza del psicoanálisis: no más amor de transferencia. De lo que se concluye: no más tampoco, con este ajuste sobre la transmisión,^[19] de este amor-que-uno-no-obtiene.

Una escuela de psicoanálisis se caracteriza por el hecho de no hacer pasar por delante de cada psicoanálisis efectivo ninguna exigencia, sea cual sea (por otro lado legítima) de la que esta escuela se considera portadora.

[1] Philippe Sollers, “*Lacan même* entrevista de Sophie Barrau, *L’infini* N° 78, Paris, Gallimard, Printemps, 2002, ps. 10-23. Publicamos a continuación una versión traducida ([Lacan mismo](#). Nota de uno a uno). No es inocente, seguramente, que esta entrevista este seguida en la revista de un texto de Sollers titulado: “*Tremblement de Bataille*“. Cf. igualmente, en el N° 80, otoño 2002. “Nature d’Éros” (No se conoce traducción de este texto.)

[2] *Ibid.*, p. 17.

[3] Jean Allouch. *Ça de Kant, cas de Sade*. Paris. Cahiers de l’Unebévue, 2000. Cf. Jean Allouch, *Faltar a la cita*, “Kant con Sade” de Jacques Lacan, Erotología analítica III, Córdoba, Ediciones Literales. 2003. “Hablo

allí (p. 77) de la ‘*Lettre de Sade*’. firmada por Philippe Sollers, como de ‘la única lectura crítica de *Kant avec Sade*’ publicada hasta ese momento”.

[4] Philippe Sollers, op. cit., p.12. Se trata de la dedicatoria de los *Écrits* enviado a Sollers.

[5] Ibid., p. 15.

[6] Así como lo escriben aquellos que recogieron los 789 *néologismes de Jacques Lacan*, Paris, Epel, 2002, p. 76. (no hay versión castellana).

[7] Jacques Lacan, “*Hommage rendu á Lewis Carroll*” *Ornicar?* N° 50, Paris, Navarin. 2003. p. 12. “[...] habría hablado de esta obra, me parece que de acuerdo con el orden auténtico de su estremecimiento”. ¿Le tocaba a él decirlo? Respuesta: no. Versión digitalizada: <http://www.ecole-lacanienne.net>; así como una versión en MP3.

[8] Philippe Sollers, *L'étoile des amants*, Paris, Gallimard, 2002.

[9] Laurence Bataille. “*Réminiscences sans rappel*”, Littoral 19/20, Toulouse, Eres, avril 1986. Hay versión castellana.

[10] Se habría debido estudiar también el “affaire” Lucien Sebag.

[11] Sibylle Lacan, *Un père*. Puzzle. Paris. Col. Digraphe. Gallimard, 1994. Versión en español: *Un padre*(puzzle), Lumen, Barcelona, 1998.

[12] Ella da continuación al artículo “Gel”, que apareció en *Le transfert dans tous ses errata*, Paris, Epel, sept. 1991, ps. 189-210. No hay versión castellana.

[13] Sibylle Lacan, op. cit., p. 10.

[14] Citado por Mayette Viltard. Cf. “Foucault-Lacan: la leçon des Ménines”, *L'unebevue* N° 12, París, Epel, printemps 1999. Cfr. Mayette Viltard, *Foucault-Lacan: La lección de las Meninas*, Revista Litoral, No. 28, Edelp, Córdoba, 1999. La aserción nos reenvía al “grafo del a-morir”, del seminario La angustia.

[15] Lacan no se privó de designar a Antígona, como figura identificatoria ideal para Laurence Bataille y para Judith quien, como no deja de escribir Sibylle, se llamó Bataille antes de llamarse Lacan, y luego Miller.

[16] Que, en su momento, he saludado públicamente. Cf. “Guère d'école, guerres d'écoles”, publicado en *Libération* del 11 de septiembre de 2001, fecha memorable en la cuestión guerra, aparentemente por otras razones. Cf., www.jeanallouch.com.

[17] León Hebreo. *Diálogos de amor*, traducción por Garcilaso de la Vega, el Inca, México, Editorial Porrúa, 1985. p. 17 Le agradezco aquí a quien me regaló este libro.

[18] Jacques Lacan. *Aun*, Buenos Aires. Barcelona, México, Paidós, edit. Argentina. 1989. p. 102.

[19] Recuerdo aún mi asombro cuando la Escuela Freudiana de París tuvo el antojo de anunciar un congreso o jornada, poco importa, sobre la “transmisión”. Ah, ¿la transmisión era entonces un posible objeto de estudio?, ¿una preocupación?, ¿un problema?. No, este asombro, costado afectivo de mi reticencia, estaba fundado. Se puede saber, retroactivamente, que la promoción de esta temática fue un error: del mismo tipo que aquel que hace que hoy día se erija un congreso sobre la “invención”, aun cuando ya no se invente más nada. Tratándose de psicoanálisis, una transmisión no puede llegar, como “la cura” más que por añadidura, y precisamente en la medida en que no se está pre-ocupado por Freud, para tomar ese ejemplo que en nada podría funcionar como un modelo duplicable, ¿aunque se estuviera pre-ocupado por Lacan? Se mide la idiocia.

← [Lacan mismo \(Lacan même\)](#). Philippe Sollers

Sí, es un texto muy simpático...

Cordialmente

Rithee Cevasco

Gracias, Amanda.

C.B.